

**APORTACIONES DEL ACTIVISMO FEMENINO
A LA CONSTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO VECINAL
DURANTE EL TARDOFRANQUISMO.
ALGUNOS ELEMENTOS PARA EL DEBATE**

CONTRIBUTIONS OF WOMEN'S ACTIVISM
TO THE CONSTRUCTION OF THE NEIGHBORHOOD
MOVEMENT DURING LATE FRANCOISM.
SOME ELEMENTS FOR DISCUSSION

Ivan Bordetas-Jiménez
CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona (España)
ORCID.org/0000-0001-8534-7780

Recibido el 7-9-2016 y aceptado el 8-11-2016

Resumen: El presente artículo pretende ahondar en el estudio del proceso de articulación de aquellas redes sociales que se tejieron en los suburbios y barrios populares de las principales ciudades españolas durante la dictadura franquista y que acabaron desembocando en la construcción de un potente movimiento vecinal. Se intentará arrojar luz sobre aquellos grupos de mujeres que, contrariamente a su evidente protagonismo en el proceso de autoorganización y movilización vecinal, menos atención han recibido por parte de la historiografía que se ha acercado a los movimientos sociales urbanos. Por último, se intentarán plantear algunas de las problemáticas asociadas a la participación femenina en el movimiento vecinal desde una perspectiva de género y con una mínima atención a la categoría juventud.

Palabras clave: Movimiento vecinal, Mujeres, Franquismo, Historia social.

Abstract: This article aims to delve into the study of the process of articulation of those social networks that were hatched in the popular neighborhoods of the main Spanish cities during the Francoist dictatorship and that eventually led to the construction of a powerful neighborhood movement. It will try to shed

light on those groups of women that, contrary to its obvious role in the process of self-organization and urban mobilization, less attention has been given by the urban social movements historiography. Finally, the article will try to suggest some of the problems associated with women's participation in the neighborhood movement based on a gender perspective, also with a minimal attention to the youth category.

Key words: Neighbourhood Movement, Women, Francoism, Social History.

Desde que Sebastian Balfour considerara la *naturaleza matriarcal* del movimiento vecinal a partir del evidente protagonismo de las mujeres en la protesta urbana, han sido contadas las obras que se han dedicado al análisis de esta cuestión y a la aportación específicamente femenina desde una perspectiva de género, más allá de reconocer su activa presencia en la movilización¹. Una de las primeras investigadoras que hizo notar este olvido fue Giuliana di Febo en sus análisis sobre las diversas resistencias femeninas al franquismo a partir de aquellos espacios y lugares adonde habían sido relegadas las mujeres. El barrio representó uno de esos espacios, allí donde se pudieron tejer aquellas redes solidarias entre mujeres que se encuentran en la emergencia de la agitación social y de una toma de conciencia antifranquista². Temma Kaplan, por su parte, proponía el concepto de *conciencia femenina* para el análisis de la participación de las mujeres en el movimiento vecinal. A partir de la asunción de esta conciencia, centrada «en los derechos del género, en los intereses sociales y en la supervivencia», se aceptaba también «el sistema de géneros de su sociedad», lo que supondría no sólo la asunción de la responsabilidad de conservar la vida sino también de exigir los derechos que esta obligación llevaba consigo, politizando entonces las redes relacionales de la vida cotidiana³.

Otras obras que se han acercado a esta cuestión se han centrado en los grupos políticos femeninos —como el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM)— o las militantes antifranquistas que participaron de la movilización vecinal y colaboraron en articular la vinculación de lo político con lo doméstico⁴. Otro grupo de aportaciones se ha dedicado más al análisis de la emergencia del feminismo a partir de la acción vecinal y, en particular, las vocalías de mujeres de las Asociaciones de Vecinos⁵. Claudia Cabrero, por su parte, indica que la conciencia social y política entre las mujeres no se genera únicamente en movimientos políticos y sindicales organizados sino también a partir de una conciencia femenina basada en la solidaridad, la defensa de su rol social, la sociabilidad o las tradiciones culturales. La autora también se detiene en el difícil encaje que las

¹ Balfour, 1994.

² Di Febo, 1990, p. 251-260 y Di Febo, 2006, p. 153-168.

³ Kaplan, 1999, p. 91.

⁴ Arriero, 2005, p. 253-263 y Arriero, 2011, p. 33-62; Díaz, 2005, p. 39-54 y Verdugo, 2008, p. 346-347.

⁵ Larumbe, 2004 y Nash, 2007.

cuestiones y la identidad de género tuvieron tanto en el movimiento vecinal como en el antifranquismo en general, mostrando que ni en uno ni otro espacio este debate se afrontó con la plena integración de las mujeres y de su problemática específica en los discursos proyectados hacia el cambio político⁶.

En fechas más recientes se ha dedicado una tesina de doctorado a las vocalías de mujeres de las asociaciones vecinales barcelonesas donde se analiza su surgimiento y extensión, sus prácticas, discursos y proyectos, y las relaciones ambivalentes que tenían tanto con el movimiento vecinal como con el feminista. Con el primero a partir de su invisibilidad en la estructura organizativa pero no en la protesta callejera y a partir de los recelos por parte de algunos activistas con respecto a la idoneidad de espacios no mixtos o de proyectos construidos en clave de diferencia; con el segundo, a partir del debate sobre la *autenticidad feminista* de estas vocalías que incluían en su agenda reivindicativa cuestiones referidas al consumo colectivo o a los trabajos de reproducción. La autora considera, no obstante, que las vocalías de mujeres tuvieron una agenda compartida con el movimiento feminista. De la misma manera que se reivindicaban equipamientos y servicios en los barrios, estas mujeres impulsaron la apertura de centros de planificación o desarrollaron acciones en torno a cuestiones como el derecho al propio cuerpo, el aborto o el divorcio⁷.

Por último, Pamela Radcliff también ha tratado la participación femenina en el movimiento ciudadano a partir del estudio de las Asociaciones de Amas de Casa, colocando en pie de igualdad las consideradas disidentes —las que estaban tomadas por militantes y/o desarrollaban prácticas antifranquistas— y las conservadoras, en realidad, franquistas⁸. Esta *equivalencia* entre unas prácticas confrontativas, que generaban lazos horizontales de autoorganización, con otras cooperativas que trazaban líneas verticales con el Estado no la podemos entender sino es que atendemos a la consideración que Radcliff da a ese Estado y al contexto de surgimiento del movimiento vecinal. La autora considera la «existencia de nuevos cauces legales (...) [y] de un nuevo idioma (lenguaje) de pluralismo limitado generado por grupos dentro del propio régimen», contexto en el que las organizaciones vecinales «tradujeron el nuevo lenguaje abstracto de

⁶ Cabrero, 2012, p. 9-26.

⁷ Fernández, 2009.

⁸ Radcliff, 2008, p. 60.

pluralismo y participación en fórmulas concretas que lo hacían accesible al ciudadano medio»⁹.

En la última contribución de Radcliff sí resulta interesante para el debate que nos ocupa la paradoja igualdad-diferencia con la que se analiza la contribución femenina: si, por un lado, su participación como *iguales* en las Asociaciones de Vecinos acababa invisibilizándolas, su presencia en espacios no mixtos como las Asociaciones de Amas de Casa ciertamente las visibilizaba, pero a costa de su *guetización*. Varios problemas se presentan a partir de estas afirmaciones: ¿de qué manera se visibilizaba la mujer en determinadas Asociaciones de Amas de Casa, jerárquicas y propias del Movimiento, que no hacían sino reproducir los roles de género desde una codificación fascista? O, ¿suponen una *guetización* los espacios no mixtos?, ¿también las vocalías de mujeres?, ¿sería ello un límite real para sus acciones y discursos?

Si bien este artículo está lejos de responder a estas preguntas aquí se va a intentar aportar algo respecto a gran parte de las cuestiones que se han introducido en este somero repaso a parte de la bibliografía existente sobre la cuestión. Se tratará la cuestión de la participación femenina en el conflicto urbano, importante no sólo por la propia visibilización que supone sino también por la cronología, previa, en muchas ocasiones, a la formalización de estructuras organizativas vecinales. También nos ocuparemos de la contribución estrictamente femenina en la construcción de las redes sociales que en los suburbios permitieron la emergencia y el sostenimiento de la conflictividad urbana y, por último, de los límites y características que se impusieron a la participación de mujeres en la cuestión urbana respecto a los planteamientos desarrollados por los principales partidos antifranquistas que intervinieron en este movimiento social.

Redes sociales en el suburbio

La configuración del movimiento vecinal en el estado español hunde sus raíces en el modelo de desarrollo urbano que se implantó durante la

⁹ Radcliff, 2005, p. 96. La última contribución de Radcliff (2011) matiza parte de estas contundentes afirmaciones con un mayor acceso tanto a la bibliografía sobre el régimen franquista y el proceso de cambio político como a las fuentes documentales disponibles.

dictadura franquista, en la forma que adoptó el crecimiento y densificación de aquellas áreas urbanas que acogieron grandes contingentes de población y, en última instancia, en la gestión que de todo este proceso hicieron las autoridades de la dictadura. La existencia de prácticas colectivas entre los pobladores de aquellas áreas, asentadas en valores como la solidaridad, la reciprocidad o la ayuda mutua nos permiten identificar algunos de los elementos que se interrelacionaron en el universo cultural que se (re)creó en estos espacios vivenciales y que sirvió de base al empoderamiento popular que se vivió en diversos barrios periféricos de las grandes concentraciones urbanas del estado¹⁰.

Es necesario insistir en que la autoorganización vecinal se inició, precisamente, en unos barrios que representaban una de las características que adoptó el desarrollo urbano franquista: la segregación social —clasista— de la ciudad. Porque fue aquí y no en otros espacios urbanos donde se desarrollaron los primeros núcleos que derivaron del descontento a la acción colectiva, donde también se estaba (re)produciendo, en estos mismos años, la cultura obrera que sostendría la agitación social en las fábricas. Así, la homogeneidad social de los habitantes de estos barrios resulta un elemento imprescindible a la hora de analizar este movimiento social. Pero no simplemente porque fueran las clases trabajadoras las que protagonizaron este proceso, porque eran ellas las que vivían en los barrios donde se desarrolló, sino porque fueron los elementos que conformaban la cultura obrera que nutría la protesta laboral, y que también se configuró en el barrio, los que se combinaron, en estos momentos, para alimentar la vecinal.

Más allá de la clase —o en relación con ella—, el género resulta también otro componente decisivo en la conformación del movimiento vecinal porque fueron ellas, las mujeres, las que se lanzaron decididamente a la calle planteando los primeros conflictos colectivos. Pero también porque eran ellas, excluidas en gran parte del mercado laboral formal, las que estaban encargadas de las tareas de reproducción y cuidado en ese ambiente hostil que representaba el barrio, las que lo vivían cotidianamente y las que conformaron las redes sociales informales que se encuentran en el origen del proceso de autorreconocimiento y, de la misma manera, del proceso de empoderamiento que llevó a la acción colectiva.

¹⁰ Me he ocupado con detalle de estas cuestiones en Bordetas, 2012 y Bordetas, 2010, p. 43-61.

Como se ha venido insistiendo recientemente, la importancia de las redes sociales informales que se tejieron en los barrios y suburbios de las principales concentraciones urbanas del país resulta insoslayable para el análisis de la emergencia de la movilización vecinal. La creación de lazos solidarios y de apoyo mutuo desde el mismo momento de la migración o durante la vida en el barrio implicó procesos de autoorganización vecinal que determinaron una serie de valores que resultarían hegemónicos en la posterior movilización. Permitieron, por un lado, mecanismos de autorreconocimiento entre iguales —aquellos que compartían las durísimas condiciones de vida en el suburbio—, y, por otro, generación de discursos sobre la deuda social para con los que estaban (re)construyendo la ciudad o sobre la exclusión y marginación que sufrían. Todos estos elementos se plasmaron en prácticas de ayuda mutua y reciprocidad que cimentaron esas comunidades: desde la autoconstrucción colectiva de las viviendas hasta la provisión de determinadas infraestructuras, desde la ayuda mutua en momentos de enfermedad a la recomendación de puestos de trabajo, desde el compartir los espacios y tiempos de sociabilidad hasta el momento del conflicto¹¹.

Estas relaciones sociales también se alimentaban de esos espacios y tiempos propios y segregados porque, como pasaba en Rekalde, «la convivencia nuestra no era con la gente de Bilbao, era con la gente del barrio»¹². Estos vínculos y relaciones se daban en la calle, en el espacio público y compartido, por ejemplo a partir de la reproducción de las costumbres de origen entre los paisanos o por los mismos momentos de ocio y sociabilidad, desde los más cotidianos a los más excepcionales como determinados rituales o festividades, que se podían dar no sólo en la casa sino en la calle a falta de espacios de reunión que no fueran bares o parroquias.

Como se desprende de la memoria oral, los espacios de sociabilidad y de encuentro que se daban en los suburbios y barrios tenían un componente importante de segregación sexual. De hecho, los roles asignados a hombres y a mujeres y la propia estructura sociolaboral en los suburbios condicionaban esta realidad. Por un lado, se daba una sociabilidad masculina que pasaba por el bar u otros espacios una vez finalizada

¹¹ Un análisis más detallado de estas cuestiones en Domènech, 2010, p. 27-41 y Bordetas, 2012, p. 182-238.

¹² Testimonio de Jesús Palacios recogido en Grupo de Investigación Parte Hartuz, 2008, p. 184.

la jornada laboral o que se daba en el trayecto al trabajo o en el mismo tiempo del trabajo; la hora del bocadillo, por ejemplo. Por otro lado, se producía una sociabilidad femenina, para la gran mayoría de mujeres no integradas en los circuitos laborales formales, que encontraba múltiples tiempos en el suburbio a lo largo de todo el día, tiempos en los que se combinaban las tareas de reproducción y cuidado con el encuentro con otras mujeres desarrollando ese mismo rol: desde los viajes y la espera en las colas de las fuentes públicas hasta el lavado de la ropa en ríos y rieras cercanas en determinadas zonas, desde los momentos de acompañamiento a los hijos a la escuela —si la había— a los encuentros en mercados o tiendas o cualquiera de aquellas actividades que, por no poder realizarse en el espacio estrictamente doméstico, se tenían que ejecutar en la calle. Una vecina de Rekalde expresa esta vivencia binaria y segregada del suburbio:

«Durante el día los hombres salían, iban a la fábrica. Luego, en sus ratos libres, a la taberna. Y las mujeres en casa, ¡a cocer la ropa! (...) las mujeres se quedaban en Rekalde»¹³.

Pero este quedarse en Rekalde, en el suburbio, iba más allá de encerrarse en la casa, en el espacio doméstico, pues durante los años en que las viviendas del suburbio no contaron con aquellas condiciones que facilitaban las tareas domésticas el espacio público, la calle, se vivía como una extensión del primero:

«nos pusieron una fuente de agua y yo hecha una chavalilla, pues pa que no fuera mi madre, porque mi madre tenía que hacer otras cosas, pues yo iba a la fuente a por el agua»¹⁴.

«mi madre tenía que lavar fuera invierno o verano en la calle pasando frío y calor»¹⁵.

¹³ Testimonio de Begoña Linaza recogido en Grupo de Investigación Parte Hartuz, 2008, p. 184. También Javier Hernández ha destacado esta cuestión en Hernández, 1999, p. 84.

¹⁴ SFO. Proyecto «Capas populares y urbanismo. Palomeras, un barrio obrero durante el franquismo, 1950-1980». Entrevista a Antonia.

¹⁵ SFO. Proyecto «Capas populares y urbanismo. Palomeras, un barrio obrero durante el franquismo, 1950-1980». Entrevista a Trinidad Sánchez.

De la importancia de las redes de sociabilidad femenina que se tejieron en el barrio y de su imbricación en la acción y autoorganización colectivas, tan íntimamente ligadas al espacio vivencial y a las condiciones de existencia en el mismo, dan buena cuenta las primeras formas de protesta que se ensayaron en los barrios. Un habitante de Palomeras (Madrid) recuerda una de esas acciones colectivas relacionadas con la cuestión urbana que se dio en un momento muy inicial de esa cronología:

«empezamos aquí a vivir, con unos problemas terribles, era una colonia que los Hermanos Santos la hicieron muy mal. Tampoco a la colonia la metieron, la metieron agua suficiente. (...) Las mujeres armaron un día y los chicos una huelga (...) Pues eso debió ser en el año, a últimos del sesenta y tres, o primeros del sesenta y cuatro. (...) Estuvimos del orden de ocho o diez días sin agua, hubo follón. Arrancamos todos los contadores de la otra fase, que no la habían entregado todavía, rompimos la mitad de los cristales. Se armó la de dios aquí (...) pegaron a dos o tres mujeres, pegaron a una mujer, por, pues por gritar, (...) reivindicando tu derecho. Pero bueno, ahí, ahí se consiguió lo del agua»¹⁶.

Acciones colectivas que, como la anterior, se sucedían en muchos otros barrios por aquellos años previos a la formalización de muchas estructuras organizativas e incluso a la participación decidida de los militantes de aquellos grupos antifranquistas que, por esas fechas, todavía centraban su atención casi exclusivamente en el mundo obrero a partir de las cuestiones laborales. Esto no quiere decir, no obstante, que los militantes antifranquistas no participaran de estos primeros tiempos sino que sus partidos de referencia todavía no habían elaborado estrategias de actuación definidas para la intervención en la conflictividad urbana¹⁷.

De hecho, un triple fenómeno llevó a estos núcleos antifranquistas a pensar en la extensión de la lucha obrera de las fábricas a los barrios: el éxito y la rápida extensión de las CCOO, pero también la posterior represión desencadenada a partir de su ilegalización en 1967, así como las crisis, los debates y las disensiones que se dieron entre los diversos grupos políticos que en ellas participaron. Se pretendía, por un lado, desarrollar las potencialidades de una creciente pérdida de confianza en las autori-

¹⁶ SFO. Proyecto «Capas populares y urbanismo. Palomeras, un barrio obrero durante el franquismo, 1950-1980». Entrevista a Mariano Monjas.

¹⁷ Bordetas, 2012, p. 285-418.

dades basada en esos ensayos de acción colectiva en los barrios y, por otro, reorientar el trabajo de muchos militantes. Así, la estrategia pasaba por minimizar costes represivos diversificando los frentes de lucha, pero también por exhortar a la participación de *nuevos* sujetos colectivos —en particular mujeres y jóvenes, también profesionales— que no encajaban en el movimiento obrero creando plataformas de apoyo a la lucha obrera. También debe entenderse esa atención al espacio vivencial como un refugio desde el que pretender afianzar espacios de poder, también de lucha política y social antifranquista, que no se podían obtener en el movimiento obrero.

Entonces, si el éxito inicial de las CCOO hizo pensar en el trasplante de formas organizativas similares en otros frentes como el barrio, espacio que también se convirtió en escenario de disputas entre diversas organizaciones antifranquistas, el reflujo organizativo producto de la represión franquista —que también golpeaba durante esos mismos años al movimiento estudiantil universitario organizado en los Sindicatos Democráticos de Estudiantes— que alcanzaría una ferocidad implacable durante el estado de excepción de 1969, hizo de la necesidad virtud. Esta atomización de la protesta, que rápidamente enraizó en esos nuevos frentes que se querían potenciar, supuso, por otra parte, el mantenimiento de unos mínimos niveles de conflictividad y actividad antifranquista a partir de las *manifestaciones relámpago* o los *comandos* de las Comisiones Obreras Juveniles (COJ), la siembra de millares de octavillas y la multiplicación de conflictos y formas organizativas autónomas en los barrios obreros y populares que se produjeron entre 1969-1971¹⁸. Estos espacios organizativos y prácticas políticas supusieron, por otra parte, alguna de las primeras oportunidades de socialización política formal para parte de las mujeres jóvenes del barrio o para aquellas recién tituladas universitarias que bajaban al suburbio a ejercer, por ejemplo, el trabajo y la asistencia social.

Si se considera que fue rápido el arraigo y extensión de estas nuevas estructuras organizativas fue porque actuarían sobre tierras previamente abonadas, sobre unos habitantes de unos barrios que conformaban su identidad a partir de su condición obrera y popular y a partir de la

¹⁸ Sobre la influencia de la represión franquista sobre el nuevo movimiento obrero en cuanto a la generación de otros frentes de lucha, Olives, 1974, p. 292-293. También Sebastián Balfour se hace eco de la atomización de la protesta obrera en Balfour, 1994, p. 127.

marginación y la desatención urbanística, donde ya se habían tejido redes relacionales, donde ya operaban movimientos apostólicos y se estaban articulando unas primeras redes asociativas a partir de clubs juveniles, Centros Sociales y culturales y donde, en definitiva, se estaban ensayando acciones colectivas que desafiaban el orden franquista e iniciaban la disputa del espacio público. A partir de la prensa clandestina de la oposición antifranquista se pueden rastrear diversos conflictos por todo el estado: en marzo de 1960 protestas y boicot a autobuses por la subida de tarifas en el barrio de Son Rapinya en Palma¹⁹; manifestaciones ante el Ayuntamiento de Alcolea en Córdoba por las inundaciones que afectaron las chabolas de la barriada del Ángel en abril de ese mismo año²⁰; manifestaciones en marzo de 1961 de los chabolistas de Orcasitas (Madrid) ante la no adjudicación de viviendas para las que habían trabajado por el sistema de prestación personal y avanzado algo de dinero²¹; concentración de mujeres ante el Ayuntamiento de Vilanova i la Geltrú exigiendo acceso al agua potable en octubre de 1965 o, más adelante, una comisión de mujeres del barrio de Bonavista en Tarragona en demanda de mejoras en los servicios públicos²².

Más allá de los textos de visibilización de la precaria vida en los barrios, de la amplificación de algunos de los conflictos o de los llamamientos a la movilización, los grupos antifranquistas empezaron a teorizar sobre la cuestión urbana y, con particular énfasis, en la necesidad de articular formas organizativas en los barrios que pudieran vehicular el malestar popular y las protestas que se estaban produciendo. En esta dirección iba, por ejemplo, un artículo publicado en *Mundo Obrero* en 1965 a propósito de la problemática del transporte urbano en Madrid. Después de exponer las deficiencias del servicio y de unas protestas acaecidas en Vallecas, en el texto se reflexionaba sobre lo que se consideraba que era una necesidad:

¹⁹ «El éxito de la protesta unánime de un vecindario», *Mundo Obrero*, 4, 15 de marzo de 1960.

²⁰ «Una manifestación, también, en Alcolea», *Mundo Obrero*, 5, 1 de abril de 1960.

²¹ «Manifestación en el barrio de Orcasitas», *Mundo Obrero*, 7, 15 de marzo de 1961.

²² «Les dones manifesten davant l'Ajuntament», *Treball*, 267, octubre de 1965 y «Una comissió de dones a l'alcalde de Tarragona», *Treball*, 293, enero de 1968, respectivamente.

«Claro está que manifestaciones de este tipo son medios eficaces para empujar a las autoridades municipales a satisfacer algunas de las necesidades existentes. Mas lo que en ciertos casos surge como explosión de cólera, puede y debe plasmar en formas de organización concretas. Y pensamos en las Comisiones de Barriada (...) integradas por hombres y mujeres de todas las opiniones —y las mujeres pueden desempeñar un papel de primer orden (...)»²³.

Para ello, se planteaban diversas estrategias:

«Llevando a las Asociaciones de Vecinos legales las reivindicaciones populares y empujando a esos organismos a intervenir junto a las Comisiones, tanto ante las autoridades municipales de distrito, como en centros católicos, Asociaciones familiares y otros organismos. Llevando peticiones para exigir que se realicen las obras de urbanización urgentes, que se doten de medios de transporte los barrios extremos, etc. Peticiones que se pueden apoyar con delegaciones de vecinos, con manifestaciones ante centros oficiales, y de otras formas.

Es evidente que una ayuda fundamental a esta actividad pueden encontrarla en los trabajadores, quienes a través de sus órganos propios en las empresas lleven estas cuestiones a los sindicatos y obliguen a los dirigentes de éstos a intervenir.

Para conseguir mejorar la vida urbana de la capital es preciso esta acción de las masas, sin tregua, combinando todas las formas posibles de acción, recogiendo desde la más pequeña reivindicación de calle a las generales de nuestra Villa».

Este texto recoge gran parte de aquello que caracterizó ya no sólo la actuación de los militantes del Partido Comunista de España (PCE) en la cuestión urbana en esos años sino, por extensión y a grandes rasgos, del resto de grupos antifranquistas, que en algunas cuestiones de análisis no difirieron demasiado entre ellos: lo que se observaba como unas necesarias estructuras organizativas, la apelación a las mujeres como sujetos fundamentales en el conflicto urbano, la participación en espacios legales que combinaran formas reivindicativas como la petición y la manifestación y, por último, la unión con el movimiento obrero, presentado como el espejo sobre el que mirarse.

²³ «A propósito del transporte urbano madrileño», *Mundo Obrero*, 5, 1.ª quincena de febrero de 1966.

Mujeres en la calle: más allá del Movimiento Democrático de Mujeres

Gran parte de las primeras acciones colectivas desarrolladas en los barrios tuvieron, tal y como se desprende de las diferentes fuentes utilizadas, un protagonismo claro: mujeres que se manifestaron por las inundaciones en Palomeras Bajas²⁴ o por el problema del agua corriente en las viviendas de los Hermanos Santos en Vallecas²⁵, también en Madrid, a mediados de los sesenta; mujeres que protestaron por la asistencia sanitaria en Torredonjimeno (Jaén) a finales de 1965²⁶; mujeres que impidieron la habilitación de barracones de madera como escuelas en el barrio del Besòs (Barcelona) en septiembre de 1966²⁷; mujeres que cortaron el paso a los camiones que cruzaban el barrio de San Pedro en Mieres (Asturias) en diciembre de ese mismo año²⁸; mujeres que se manifestaron por el déficit de plazas escolares en Rekalde (Bilbao) a finales de 1967²⁹...

Igualmente, muchos de los informes policiales que se refieren a estas primeras acciones en los barrios destacan explícitamente la presencia femenina en las mismas, como la concentración de unas 80 mujeres del barrio de Bufalà en Badalona por las deficiencias en el servicio de abastecimiento de aguas³⁰. O también:

«40 ó [sic] 50 mujeres de distintas edades y condición social, las que en forma correcta se dirigieron al sargento de la Policía Municipal (...) rogándole las anunciase con el fin de ser recibidas por el Señor Al-

²⁴ SFO. Proyecto «Capas populares y urbanismo. Palomeras, un barrio obrero durante el franquismo, 1950-1980». Entrevista a Purificación Alarcón.

²⁵ SFO. Proyecto «Capas populares y urbanismo. Palomeras, un barrio obrero durante el franquismo, 1950-1980». Entrevista a Mariano Monjas.

²⁶ «Manifestación de mujeres en Torredonjimeno (Jaén)», *Mundo Obrero*, 1, Año XXXVI, 16 de noviembre de 1965.

²⁷ «Vecinos del barrio del Besòs expresan su disgusto por la instalación de un barracón», *La Vanguardia Española*, 11 de septiembre de 1966.

²⁸ AHPCE. «Junta de Vecinos del Barrio de San Pedro – Mieres», 1967. Fondo Nacionalidades y Regiones. Asturias/Cantabria. Generalidades. Informes. Jacq. 225 y AHA, «Informe de la policía sobre las Asociaciones en Asturias. Anexos: informes sobre asociaciones (extractos)», 13 de abril 1970. Sección Gobierno Civil, Serie Orden Público, Asociaciones.

²⁹ «Se arregló lo del Grupo Escolar de Uretamendi», *Recaldeberri*, diciembre 1967.

³⁰ AHGCB, «Pequeña concentración de mujeres ante el Ayuntamiento de Badalona», 2 de junio de 1967. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 65. Comarcas, años 1965, 1966, 1967, 1968.

calde, ya que, como amas de casa, querían pedirle se interesase para que bajasen los precios en los artículos de primera necesidad»³¹. [Terrassa]

«en la tarde de ayer se organizaba una concentración de mujeres del Barrio de Pomar (...) al parecer para el asunto de los alquileres y el abono de las permanencias en el Grupo Escolar allí mismo radicado (...). Varias decenas de mujeres entraban aisladamente por la puerta de la Casa Rectoral y allí pasaban al Centro Social de Cáritas, donde unas señoritas les hacían determinadas preguntas y firmando un escrito cuyo contenido se ignora»³². [Pomar, Badalona]

«concentración de mujeres ante las oficinas de la empresa nacional Hidroeléctrica del Ribagorzana en Badalona, todas ellas vecinas del Patronato Municipal de la Vivienda, del Barrio de la Salud, para protestar ante la Compañía por la cantidad que tenían que abonar en la factura del recibo de la luz y que no habían pasado a cobrar la Compañía, desde el mes de abril»³³. [La Salut, Badalona]

«Sobre las 18,30 horas, un grupo de unas 150 mujeres, acompañadas de sus hijos, se situaron en el centro de la calzada, en la calle Sas, a la altura de San Adrián [de Besòs], interceptando el tráfico»³⁴. [Santa Coloma de Gramenet / Sant Adrià de Besòs]

De la misma manera, parte de los discursos construidos desde el antifranquismo militante que se ocuparon de lo urbano —ya se ha avanzado— se dirigieron a dos colectivos sociales específicos, mujeres y jóvenes, que formaban parte, no obstante, del sujeto colectivo al que prioritariamente se apelaba, la clase obrera. Con el objetivo de construir nuevos puntales que apoyaran la articulación del antifranquismo y, particularmente, del movimiento obrero, se impulsaron diferentes plataformas que, aún con cierta autonomía, organizaran formalmente sendos colectivos a partir de unas reivindicaciones consideradas específicamente propias pero sometidas a lo que se consideraba el *interés general*. Pero más allá

³¹ AHGCB, «Grupo de mujeres ante el ayuntamiento de Tarrasa», 24 de mayo de 1969. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 65. Comarcas, año 1969.

³² AHGCB, Carta del alcalde de Badalona al gobernador civil de Barcelona, 10 de septiembre de 1969. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 65. Comarcas, año 1969.

³³ AHGCB, «Concentración de mujeres ante las oficinas de la empresa nacional Hidroeléctrica del Ribagorzana en Badalona». 18 de octubre de 1971. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 285, Ayuntamiento de Badalona, 1969, 1970, 1971. Alcalde Presidente: Il-tmo. Sr. D. Felipe Antoja Vigo.

³⁴ AHGCB, «Manifestaciones pacíficas que interrumpieron la circulación en algunos puntos», septiembre de 1972. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 140. Actividades Contra el Régimen (III) 1971.

del Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), que fue la plataforma que impulsaron PCE y *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC) y de la que participaron otras militantes, tanto de otros grupos antifranquistas como provenientes del mundo cristiano, la implicación femenina en la construcción de la protesta urbana también corrió por otros caminos y que, particularmente para Madrid, pero también en Valencia y otras áreas urbanas, implicó la apuesta por la creación de espacios femeninos autónomos legales como las Asociaciones de Amas de Casa, verdaderos contrapuntos a las organizaciones *estrictamente* vecinales que, en el caso del área de Barcelona o de Bilbao, sí contarían con una mayor presencia femenina, particularmente en las vocalías de carestía y, andando el tiempo, en las vocalías de mujeres, espacios no mixtos y autónomos en el interior de las asociaciones vecinales.

En 1959, el primer número de *Nosotras. Boletín de las mujeres de Cataluña* supone un ejemplo paradigmático de los discursos que se construyeron con respecto a la mujer desde los grupos antifranquistas y particularmente desde el PSUC y el PCE a partir de los sesenta³⁵. La publicación contaba con una página dedicada a tres cuestiones básicas —vivienda, escuelas y carestía de vida— que servían para lanzar proclamas a la movilización³⁶. Con el objetivo de *integrarlas* en la lucha antifranquista las diversas tribunas de la oposición elaboraron discursos dirigidos a las mujeres en relación a aquello que se suponía que las podía movilizar y que, de hecho, las estaba movilizando, en particular a las mujeres más jóvenes y alejadas del trauma de la guerra y las formas de preguerra. Esto era, entonces, aquellos aspectos más ligados a la vida cotidiana, la vida en los barrios, en realidad las labores de reproducción y cuidado de la familia que tenían encomendadas por el sistema de género que el franquismo apuntaló y que estas primeras expresiones no discutieron, se convirtieron en aquello que echaría a las mujeres a la calle³⁷. No debe olvidarse, empero, que las mujeres ya participaban de la lucha antifranquista desde la

³⁵ Francisco Arriero menciona una efímera revista titulada *Mujer* que editó el PCE también en 1959 en Arriero, 2005, p. 253-263. Sobre las *mujeres de preso*, Abad, 2008, p. 139-151 y Abad, 2006, p. 30-41.

³⁶ Respectivamente, «Casa Antúnez», «¡Escuelas!» y «Los “planes” de abaratamiento de la vida», *Nosotras. Boletín de las mujeres de Cataluña*, 1, diciembre de 1959. AHPCE. Publicaciones periódicas. Carpeta 64/7.

³⁷ Sobre el sistema de género durante el franquismo, Ortiz Heras, 2006 y Molinero, 1998, p. 97-117.

misma posguerra. Por tanto, no sería sólo una maniobra de integración de mujeres jóvenes sino también de reorientación de las actividades de aquellas otras mujeres que habían participado, por ejemplo, en actividades de enlace con la guerrilla o en las múltiples expresiones de solidaridad con los presos, pero también en las labores de intendencia o logística con el transporte o reparto de octavillas, la participación en conflictos laborales y el apoyo a huelguistas³⁸. De ahí que, en esos años, las noticias de acciones de mujeres que aparecían en la prensa clandestina combinaran las acciones *tradicionales* de las *mujeres de preso*, asociadas a mujeres de mayor edad y con vivencia directa de la guerra y la posguerra, con las referidas a las cuestiones urbanas personificadas en la figura del *ama de casa*³⁹. Esta última correspondería a la figura de aquella mujer joven del suburbio que podía no tener vivencia —y, por tanto, trauma— de la guerra y la posguerra, aquella a la que se apelaba directamente en estas arengas y estrategias por residir en ellas la posibilidad de una construcción real y sostenible de un nuevo frente de lucha antifranquista. Por otra parte, algunas de estas mujeres interpeladas ya llevaban un tiempo trabajando en los barrios desde la extensa red asistencial que se había ido desplegando a partir de las parroquias y los Centros Sociales, los clubes juveniles, los movimientos apostólicos u organizaciones como Cáritas Diocesana.

Un artículo publicado en *Treball* sobre el creciente protagonismo femenino en la conflictividad social consideraba, con un tono ciertamente paternalista, que «cal tenir present que la majoria de les dones es decidiran més fàcilment a lluitar per reivindicacions que comprenen i els són entranables, com la defensa de llurs fills, de llur família, de la seva llar»⁴⁰. Se trataba de que las mujeres más conscientes y combativas estimularan la lucha «no solament a les empreses, sinó als barris, als mercats, a les associacions professionals, etc.», aunque, finalmente, aquellas formas de lu-

³⁸ Di Febo, 2006, p. 153-168 y Cabrero, 2012, p. 9-26. Véanse también los diferentes capítulos que conforman Babiano, 2007.

³⁹ Con respecto a las acciones antirrepresivas, por ejemplo, un artículo donde se destacaban las acciones femeninas en la forma de asambleas, ocupaciones de iglesias, *mítines* en los vagones del metro de Madrid, etc. «Así se lucha contra la represión», *Mundo Obrero*, 2, Año XXXIX, 24 de enero de 1969. También «Las mujeres: “pegan” fuerte», *Hora de Madrid*, 2, enero de 1969 o «Dos acciones de las mujeres», *Hora de Madrid*, 4, marzo de 1969.

⁴⁰ Teresa Bonet, «Les dones. Una gran força que s'ha posat en marxa», *Treball*, 286, mayo de 1967. Teresa Bonet era el pseudónimo de Leonor Bornau, dirigente del PSUC en los años sesenta y setenta.

cha y aquellas reivindicaciones más sentidas por las mujeres se reducían a «la lluita contra l'encariment de la vida, per escoles gratuïtes pels fills, per cases decentes, per guarderies, per jardins, hospitals per a les criatures, per la urbanització i la higiene»⁴¹.

De hecho, este era el mismo análisis que se había ofrecido en el «Coloquio sobre la mujer española» organizado por el PCE a finales de 1965. *Nuestra Bandera*, la revista teórica del partido, recogió las principales conclusiones del mismo y, con respecto a la movilización de las mujeres contra el franquismo, Teresa Bonet afirmaba que era necesaria su organización en plataformas legales y, entre ellas, en las Asociaciones de Vecinos, «que podrían significar una fuerza democrática enorme. Algo que permita reunir a la gente legalmente, plantear legalmente sus quejas, luchar por ellas». Porque, volviendo nuevamente al centro del discurso, «en los barrios hay infinidad de problemas que afectan, principalmente, a las mujeres trabajadoras: problemas de agua, luz, pavimentación, escuelas, mercados»⁴².

Pero si se apelaba específicamente a aquello que incumbía a las mujeres, porque efectivamente eran ellas las que se encargaban de estas cuestiones y las que, por consiguiente, más directamente palpaban las condiciones de vida en los suburbios, no era desde el cuestionamiento de los roles de género sino desde planteamientos utilitaristas, puramente tácticos, que en realidad coadyuvaban en la cimentación de esos roles, en la solidificación de la jerarquía de género, desactivando algunos mecanismos que pudieran cuestionar la división sexual de la vida. El objetivo último era sumar voluntades y acciones al antifranquismo y eso, en el barrio, parecía que debía preocupar principalmente a las mujeres más allá de que, de forma efectiva, en ocasiones informalmente, trabajaran fuera del ámbito doméstico. Se observa, por tanto, una diferencia fundamental con respecto a las apelaciones al obrero —donde el uso del masculino no era simplemente una convención lingüística— que sí cuestionaban, desde una óptica antifranquista pero también anticapitalista, su posición de sometimiento y explotación. Diferencia sustancial que también es fácilmente observable si se atiende al *matiz* que supone la distancia entre discutir la injusticia de las condiciones de vida en los barrios desde un planteamiento únicamente de clase o enfrentarla también en términos de género.

⁴¹ *Idem*.

⁴² «Coloquio sobre la mujer española: sus problemas actuales, sus anhelos, sus posibilidades en la democracia», *Nuestra Bandera*, 49-50, mayo-junio de 1966, p. 80.

Lidia Falcón, militante del PSUC entre 1959 y 1966, se refiere de forma contundente a la agenda política femenina del partido en esos años:

«El tema de la mujer apenas se podía tratar, era una cosa muy marginal, en todo caso las mujeres teníamos que salir a la calle a protestar por la mala situación de los barrios, por el agua que no llegaba a las casas, por los semáforos (...) las mujeres para los comunistas en vez de tener vagina teníamos semáforos, porque claro, ningún tema específicamente de las mujeres y de la explotación de la mujer y de la condición de la mujer eran los que se discutían en el partido, eran problemas políticos o sociales, las mujeres éramos peones en la lucha o la defensa de estos temas»⁴³.

En última instancia, no se discutía la subordinación de las mujeres como, de hecho, también se afirmaba la supeditación del movimiento vecinal al movimiento obrero. Más allá de la reivindicación de la mejora de las condiciones de vida en los barrios, el trasfondo de los planteamientos suponía la mejora de los medios a partir de los cuales las mujeres continuarían siendo las encargadas de las labores de cuidado y reproducción de la vida familiar, no su subversión o su replanteamiento porque, de hecho, como decía una de aquellas militantes que participarían del Coloquio de la Mujer del PCE:

«cuando digo que las mujeres del Partido deberíamos estar organizadas como mujeres no quiero decir que somos feministas, nada de eso, pero creemos que entre nosotras nos conocemos más, y por ello pensamos que debe haber una comisión femenina en el Partido que luego se expansionará, se desarrollará entre las organizaciones de masas»⁴⁴.

Una crítica al feminismo que, no obstante, revelaba una paradoja, la que supone la necesidad de «estar organizadas como mujeres (...) [porque] entre nosotras nos conocemos más», atendiendo, por tanto, a aquello específicamente femenino y desde espacios no mixtos. De hecho, esta *contradicción* es la que permitiría la apuesta por la creación del MDM y la infiltración o utilización de entidades de mujeres legales como las Aso-

⁴³ Testimonio de Lidia Falcón recogido en Nash, 2007, p. 52-53.

⁴⁴ «Coloquio sobre la mujer española: sus problemas actuales, sus anhelos, sus posibilidades en la democracia», *Nuestra Bandera*, 49-50, mayo-junio de 1966, p. 79.

ciaciones de Amas de Casa a partir de mediados de los sesenta. Diversos autores sitúan la emergencia del MDM en las redes informales formadas por las *mujeres de preso*, como un intento del PCE y el PSUC por extender la organización de la solidaridad antirrepresiva y la lucha por la amnistía y ampliar los frentes de lucha considerados específicamente femeninos en un contexto de reactivación de las luchas obreras y estudiantiles⁴⁵. Es precisamente en este segundo elemento donde tendrían cabida las reivindicaciones urbanas. Así, en el contexto del surgimiento de las Comisiones Obreras (CCOO) se organizarían en Barcelona y Madrid los primeros grupos de lo que acabaría siendo el MDM entre 1964 y 1965, celebrándose la I Asamblea de una organización clandestina que tenía una vocación autónoma, interclasista y plural —aunque predominaran las militantes del PCE-PSUC y el alineamiento con sus directrices— en 1965, en el contexto, de hecho, de la celebración del Coloquio de la Mujer arriba aludido.

Las actividades y los discursos que se desarrollaron con respecto a lo urbano, aunque apelaran a esa figura del ama de casa, son las que hicieron del MDM y las mujeres que se movieron en su entorno una de las líneas fundacionales del movimiento vecinal, fundiéndose con esas otras prácticas de mujeres que no participaban de estas redes clandestinas o formales ni tampoco en las asociaciones vecinales o de amas de casa que se crearon entre fines de los sesenta y principios de los setenta. Confluyendo, asimismo, con la multiplicidad de grupos que también estaban operando en los barrios, desde las Comisiones de Barrio (CB) a los grupos parroquiales, desde los centros juveniles, sociales y culturales a las células de los partidos antifranquistas, pasando por las primeras organizaciones vecinales y, de nuevo, sobre las redes sociales informales que se habían ido tejiendo en los barrios y suburbios de las grandes concentraciones urbanas.

Sara Iribarren, militante del PCE y teórica de esta organización de mujeres, consideraba que, en esos años,

«las mujeres del MDM llegan a todos los barrios de las ciudades. Sus actividades son múltiples. Unas de tipo teórico, como la organización de seminarios y de asambleas de barrio, donde se lleva a cabo una actividad ideológica sobre los problemas de la mujer en la familia y en la sociedad en general, se discute de la carestía de la vida, de los proble-

⁴⁵ Abad, 2005, p. 245-253; Arriero, 2011, p. 33-62 y Díaz, 2005, p. 39-54.

mas de la escuela, la sanidad, etc.; otras de tipo práctico, como la organización de manifestaciones y el envío de comisiones a las fábricas; la redacción de documentos destinados a las autoridades, la formación de comités de solidaridad que visitan a las familias para pedir ayuda para los presos o los despedidos; el envío de comisiones a los ayuntamientos para reclamar escuelas, guarderías, espacios verdes, o para protestar contra la falta de agua; las acciones en los mercados contra la carestía de la vida, etc.»⁴⁶.

Efectivamente, el trabajo que desarrollaron estas mujeres fue múltiple y variado y, por lo que respecta a la reivindicación urbana, resultó clave no sólo por el evidente protagonismo que tuvieron en las acciones, sino también por el impulso a la organización vecinal más allá de las Asociaciones de Amas de Casa. En este sentido, el caso del País Valencià resulta significativo de lo que suponía la intervención del PCE en la cuestión urbana a partir de las organizaciones de mujeres y de las iniciales resistencias de algunas de ellas a trabajar en el MDM. A inicios de 1970, se aseguraba que

«hay una tendencia en las mujeres que militan en el Partido, a preferir el trabajo de Partido, por considerar el trabajo en el Movimiento Democrático de Mujeres como algo menor. Esto lo venimos discutiendo, hay que hacer un esfuerzo para valorarlo»⁴⁷.

Quizá no podría ser de otra manera porque, como se ha visto, el centro de muchos de los discursos referidos a las mujeres de barrio, por el tono paternalista con el que se decía querer hacer inteligible, incidía en lo cotidiano, en las carencias y deficiencias de los suburbios, como algo que parecía alejado de lo político o que, en todo caso, no incumbía a la política importante. Por ello, el activismo vecinal, para aquellas y aquellos que participaban del antifranquismo político, podría verse como algo subsidiario o menor frente al movimiento obrero, considerado la punta de lanza que derribaría la dictadura. No obstante, la masiva participación en la oleada de protestas urbanas que se produjeron entre 1969-71 y que continuaron, en gran parte, con la formalización de organizaciones vecinales combativas, fueron las que provocaron el cambio de actitud entre los gru-

⁴⁶ Iribarren, 1973, p. 127

⁴⁷ AHPCE, «Información de Valencia», 31 de enero de 1970. Fondo Nacionalidades y Regiones. Levante. Generalidades. Correspondencia. Jacq. 292.

pos antifranquistas que también se certificaba, con una mayor atención e implicación con respecto a lo urbano, como un espacio donde ya era posible la construcción y el ejercicio de la disidencia.

Por otra parte, el hecho que las mujeres, echándose a la calle, sí subvirtieran los roles que tradicionalmente tenían asignados como *reinas del hogar*, de la esfera doméstica y privada, asaltando el espacio público que se reservaba a los hombres añade un elemento de complejidad al análisis por cuanto resulta difícil, y el alcance de este artículo está lejos de resolverlo, desentrañar la siguiente cuestión: ¿desde qué posición las mujeres de las clases populares que habitaban los barrios obreros se echaron a la calle en reivindicación de mejoras urbanas? Dicho de otra manera, ¿hasta qué punto estas mismas mujeres usaron la protesta colectiva desde la asunción de su rol de género?

Este planteamiento es el que proponía Kaplan para el estudio de la acción y las formas de organización de las mujeres durante el tardofranquismo, particularmente de las mujeres conservadoras en la acepción cultural del término, es decir, de aquellas que se identificaban a sí mismas como madres, esposas y amas de casa, garantes de una determinada comunidad cuyo desarrollo, o incluso supervivencia, se veían afectados por las precarias condiciones de vida en los suburbios. Kaplan consideraba que «las vidas de las mujeres de las clases populares giran en torno a su trabajo como recolectoras y distribuidoras de los recursos sociales de la comunidad. Al colocar las necesidades humanas básicas por encima de la propiedad, los beneficios e incluso los derechos individuales y la calidad de vida, por encima del acceso al poder institucional, las mujeres legitimaron sus protestas y movilizaciones»⁴⁸.

En efecto, las vidas de gran parte de las mujeres de las clases populares, las que habitaban el suburbio, se dedicaban en buena medida a esas tareas de conservar la vida —desde hacer las compras al cuidado de familiares, pasando por otras actividades de provisión y distribución de recursos—, tareas que, por otra parte, ya se ha visto que se desarrollaban más allá del estricto espacio doméstico. Retomando lo que se decía en páginas anteriores, en los suburbios obreros —los de autoconstrucción pero también los de viviendas en bloque— se configuraron unas densas redes sociales, asentadas en unos determinados valores como la solidaridad, el apoyo mutuo y la reciprocidad en la que las mujeres estuvieron presentes.

⁴⁸ Kaplan, 1999, p. 90.

De hecho, fueron las principales actrices de este proceso porque eran ellas las que estaban presentes en el suburbio.

Ese estar en el barrio suponía, a la práctica, utilizar el tiempo dedicado a las tareas reproductivas y de cuidado para establecer relaciones entre ellas. Un tiempo que, como se decía, también se empleó, a partir de esas redes relacionales femeninas, para el ejercicio de la protesta. Para el caso de las mujeres, estas redes se construirían íntimamente ligadas al espacio vivencial, sobre las rutinas diarias que se compartían en el suburbio que, en última instancia, constituían unas prácticas específicamente femeninas. La potencia de estas redes informales, pero no por ello apolíticas por los valores sobre los que se asentaban, se demostró en los momentos del conflicto. Unos conflictos que, por otra parte, en muchas ocasiones se asemejan a los motines, a una de las formas que tradicionalmente usaban las clases populares: protestas y acciones directas, explosivas y contundentes, ante la continuación de unas determinadas condiciones de vida que, repentinamente, empeoraban, golpeando sobre un determinado estado de cosas ya precario pero también sobre una determinada conciencia sobre este mismo estado y sobre la necesidad de cambiarlo o revertirlo. Estos son los casos de gran parte de los conflictos ya citados, de conflictos que se encuentran en los primeros tiempos del movimiento vecinal y que, volviendo al inicio de esta reflexión, tenían que ver y estaban íntimamente ligados a la conservación y reproducción de la vida —a la provisión de servicios básicos para el hogar como el agua, a la protección y desarrollo de los hijos como las escuelas, al cuidado de la propia comunidad con los semáforos, el alumbrado o el asfaltado, por citar algunos ejemplos—, una vida que no podía desarrollarse con normalidad y que, por tanto, debía ser defendida porque, como reflexionaba un vecino del Pozo del Tío Raimundo en Madrid:

«los hombres teníamos un trabajo durísimo pero salían al exterior (...) vivían un poco Madrid (...) pero las mujeres no, las mujeres era una estancia permanente en esas condiciones tan súmamente tremendas y además con la responsabilidad de alguna manera de sacar a la familia adelante (...). Entonces el hombre, fundamentalmente el marido pues su función era trabajar prácticamente y la mujer hacerse cargo de absolutamente todo»⁴⁹.

⁴⁹ Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM). Fondo de Fuentes Orales para el documental *40 años de AAVV*, 2008.

No sería de extrañar, entonces, que la memoria oral insista en que

«des del començament hi van haver moltes (...), en molts conflictes les dones hi eren molt. El conflicte de barri, a més a més, toca molts aspectes de la vida quotidiana (...) i, per tant, jo diria que sempre (...) hi ha hagut dones en molts conflictes del barri»⁵⁰. [Prosperitat, Barcelona]

«en aquella época habían muchas mujeres, mayoritariamente en todas las manifestaciones de todo el barrio estaban las mujeres»⁵¹. [Carmel, Barcelona]

Así pues, más allá de los espacios de militancia política y sindical formales, la conciencia social y política de estas mujeres también se desarrollaba «a partir de una conciencia femenina basada en la solidaridad, la defensa de su rol social, la sociabilidad o las tradiciones culturales»⁵². Porque, de hecho, gran parte de estas mujeres que se echaron a la calle, como también parte de los hombres que lo harían en otras acciones, no militaban formalmente en grupos políticos como tampoco, andando el tiempo, participarían de primeras en las organizaciones vecinales que se irían creando, hecho que sí afectaba primordialmente a las mujeres y era particularmente evidente en su ausencia de aquellos espacios de poder, de representación o decisión como las Juntas directivas o las asambleas⁵³. Así lo acreditan diversos testimonios del área de Barcelona:

«Cuando lo de Nou Barris y tal [contexto de surgimiento de la Asociación de Vecinos en 1969] se mueven las mujeres, participan, eh. Pero quien toma decisiones en la Junta casi todos son hombres.»⁵⁴ [Nou Barris, Barcelona]

«Ja hi havia hagut una participació sempre de dones (...). Jo crec que hi havia (...) un 30 o 40 % de dones, jo crec que hi ha hagut sempre en moltes [assemblees] (...). Una altra cosa és que no siguin les porta-

⁵⁰ CEFID. Fondo de Fuentes Orales. Proyecto «Construint la ciutat democràtica: el moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició (1964-1980)». Entrevista a Albert Recio.

⁵¹ CEFID. Fondo de Fuentes Orales. Proyecto «Construint la ciutat democràtica...». Entrevista a Custodia Moreno.

⁵² Cabrero, 2012, p. 13.

⁵³ Lo ha destacado, por ejemplo, para Asturias, la misma Cabrero, 2012, p. 14-15, Martínez, 1999, p. 104-108 para Sabadell y Radcliff, 2008, p. 54-78.

⁵⁴ CEFID. Fondo de Fuentes Orales. Proyecto «Construint la ciutat democràtica...». Entrevista a María José Pardo.

voces, però presència, sempre (...). treballes a un nivell tant de quotidianitat que la quotidianitat aquesta és molt femenina diguem-ne»⁵⁵. [Prosperitat, Barcelona]

«mujeres éramos muy poquitas. En la Junta eran todos hombres (...), si éramos 16, sólo éramos dos mujeres»⁵⁶. [Gavarra, Cornellà de Llobregat]

El recuerdo de un activista vecinal sobre estas cuestiones es revelador:

«en el movimiento de barrios hay una cosa curiosa que es de que, la presencia de mujeres es importante y es numerosa pues porque muchas de las actividades se desarrollan en el barrio y en el barrio sólo quedaban las mujeres. (...) a la hora de la verdad, a la hora de ser decisivas, de pegar carteles, de hacer una pintada, de buzón[e]ar, de, tenían un grado de decisión, militancia enorme pero pintaban mucho menos. Luego a la hora de la reunión, estaban también mujeres, había menos mujeres porque se tenían que quedar en casa a hacernos la cena porque luego llegábamos a las once de la noche después de larguísimas reuniones, y ella había tenido que echar a la cama a los críos, (...). Las reuniones, las mujeres muy poquitas y las que había jugaban un papel importante porque estaban de alguna manera liberadas a sí mismas (...). En las luchas han jugado un papel yo diría más importante que los hombres y en cambio en la dirección las mujeres han sido siempre la minoría»⁵⁷.

En este sentido, la inadecuación de los tiempos de la política formal —las horas de las asambleas— con los de las mujeres que se tenían que encargar de las tareas domésticas —las horas de preparación de la cena— sólo se quebraba, en ocasiones, a partir del conflicto, momento en el que ambos elementos, lo político con lo doméstico, como se decía, se fundían. De hecho, tensando el argumento, se podría decir que no sólo el propio conflicto se desarrolló durante los tiempos de lo doméstico sino que si entendemos la protesta como una forma efectiva de defender, cuidar y permitir la reproducción de la comunidad, el propio conflicto, volviéndose, con los años, *cotidiano*, forma recurrente y exitosa, se introdujo en lo propiamente doméstico como una más de las múltiples tareas que tuvieron

⁵⁵ Ídem. Entrevista a Albert Recio.

⁵⁶ Ídem. Entrevista a Pura Velarde.

⁵⁷ Ídem. Entrevista a Andrés Naya.

encomendadas algunas de las mujeres de los suburbios, aquellas que se echaron a la calle.

Y de nuevo la paradoja: las mujeres que asumían su rol de género lo trasgredían cuando echaban el pie a la calle ya no sólo para realizar las tareas de reproducción y cuidado sino, precisamente, para garantizarlas y ejercerlas de la mejor forma posible. Recurriendo al conflicto y feminizando el espacio público que se reservaba al hombre no sólo torpedeaban una de las bases del sistema de género sino que también contravenían otro de los pilares del franquismo al descartar los canales de participación y diálogo con la dictadura por el recurso a la confrontación. De ahí que su participación en esas redes sociales autónomas y horizontales de las que antes se hablaba, pero también en esos conflictos colectivos de naturaleza disidente, no sólo las colocaba en el terreno de la cultura y las prácticas políticas antifranquistas sino también en el del cuestionamiento de la jerarquía de género.

No sin contradicciones porque, por otro lado, resulta muy significativa la visión que de la acción de sí misma y de sus compañeras relata la activista vecinal Maruja Ruiz, asegurando que las mujeres tenían muy poca importancia en el barrio:

«las mujeres, en la Universidad puede que sí porque la mujer está más liberada, pero en los barrios costaba mucho tirar adelante cualquier cosa en cuanto a mujeres, era muy reducido, sí. Y la mujer la movías pues porque tenías ese problema del Cinturón [de Ronda], [de la Avenida] Río Janeiro, la escuela, o eso sí que se te movían, por cosas puntuales»⁵⁸.

Acto seguido, sin apenas un relato intermedio, la misma activista repasaba en voz alta las mil y una batallas en las que había participado:

«diez años por luchar por las viviendas de la calle Santa Engracia, 20 años por un cinturón [de Ronda] cubierto, parando las grúas y parando todo, la lucha del bloque fantasma, me rompieron las cervicales la policía, después 21 días para cubrir un semáforo, por la zona verde del campo de la Bloc, durmiendo en tiendas de campaña pa que no pasaran las máquinas, desmontando grúas de noche y de día, evidentemente, por las calles asfaltadas, por el alumbrado de las calles, por los colegios».

⁵⁸ Ídem. Entrevista a Maruja Ruiz.

Batallas en las que habían participado mujeres como ella pero que quizá parecían poco importantes porque, en última instancia,

«la mujer, la constancia en pertenecer a una organización o un grupo de mujeres era mínima (...). El tema de las finanzas y el de las mujeres siempre se tocaba lo último [en las Juntas], (...) poca importancia tenían (...) [aunque] mayoritariamente quienes estábamos en estos frentes eran las mujeres que no trabajábamos (...) y luego vigilar las obras, vigilar que si aquí queríamos casas (...), por lograr esa plaza (...). Las mujeres las tenía a lo mejor cuando les decía, mira a las doce vamos a parar la obra esta o vamos a hacer esto. Pero lo que son las reuniones, pocas mujeres, mayoritariamente hombres»⁵⁹.

Una visión que, en realidad, refleja la poca importancia que desde determinadas culturas políticas se daba a los aspectos informales de los procesos de politización, aquellos tiempos y prácticas apenas visibles, basados en la cotidianidad, que permitieron no sólo la construcción de las redes sociales que demostraron su fuerza en los tiempos disruptivos del conflicto sino que posibilitaron la emergencia del mismo. Porque, de hecho, el desafío que suponía la acción colectiva, los costes que se asumían echándose a la calle sólo pueden entenderse a partir de un proceso de pérdida del miedo y de asunción de la represión, aprehensiones que se basaban en la injusticia y lo intolerable de la situación vivida y, por contra, en la razonabilidad, necesidad y legitimidad de la protesta. De hecho y en última instancia, a partir de un proceso de empoderamiento colectivo que si bien tuvo unas líneas de actuación a partir de estas y otras prácticas colectivas para las mujeres que las protagonizaron, también lo tendría para otras a partir de la militancia o el contacto con el MDM y los grupos de mujeres que acabarían integrándose en las organizaciones vecinales y de amas de casa desde unas posiciones combativas y antifranquistas perfilando, finalmente, la vinculación de lo político con lo doméstico o, si se quiere, adoptando otra perspectiva, lo personal con lo político.

Pero es que, por otra parte, esas mujeres «liberadas a sí mismas» que se citaban anteriormente, socializadas en la militancia antifranquista o que peleaban por su espacio en los movimientos sociales, tampoco eran bien

⁵⁹ Ídem.

vistas porque, de hecho, rompían con algunos de los rígidos esquemas desde los que se las encorsetaba, tanto desde las instancias de la dictadura como desde algunas pautas culturales populares y también militantes:

«que una mujer fuera un poco líder aun por muy progres no lo terminaron de ver muy bien, y encima si estudiabas y encima fumabas rubio...»⁶⁰. [Carmel, Barcelona]

«yo recuerdo que en el principio de los años setenta donde que hablara una mujer siempre estaba como mal visto y siempre salía alguien diciendo “Fulano, cállala a tu mujer, llévatela de aquí”»⁶¹. [Orcasitas, Madrid]

«de dones n’hi havia la Maruja (...), dues noies més, però estaven mal considerades perquè feien coses d’homes (...) molt llençades (...). Elles estaven a les COJ però res de partits polítics»⁶². [Torre-Romeu, Sabadell]

También para algunas otras mujeres:

«No iban casi las mujeres a los bares. Yo fumaba, iba a los bares, era una cosa rara en el barrio (...). Para ellas [las mujeres del barrio] el que tuvieras preocupaciones de política y tal, eran los hombres los que tenían preocupaciones, las mujeres estaban muy en casa. [...] Y eso que yo cuidaba mucho las distancias»⁶³. [Trinitat Vella, Barcelona]

Puede observarse aquí, a modo de hipótesis no contrastada, cierta tensión entre unas mujeres jóvenes socializadas políticamente en la universidad, progresivamente empapadas de teorías y prácticas feministas y, por tanto, que pugnaban por ampliar las fronteras culturales y sociopolíticas de las mujeres y, por otro lado, unas mujeres más maduras, socializadas políticamente en los barrios y los espacios de trabajo y que, como se decía más arriba, podrían estar legitimando parte de su accionar político y de su

⁶⁰ CEFID. Fondo de Fuentes Orales. Proyecto «Construint la ciutat democrática...». Entrevista a Custodia Moreno.

⁶¹ FRAVM. Fondo de Fuentes Orales para el documental 40 años de AAVV, 2008. Entrevista a Félix López Rey.

⁶² CEFID. Fondo de Fuentes Orales. Proyecto «Construint la ciutat democrática...». Entrevista a Remei Bona.

⁶³ CEFID. Fondo de Fuentes Orales. Proyecto «Construint la ciutat democrática...». Entrevista a María José Pardo.

participación en el movimiento vecinal en la asunción de su rol de género y, por tanto, de parte de su asignación social y cultural como mujeres en el sistema patriarcal.

Todos estos discursos, asociados a las prácticas, valores y acciones colectivas que protagonizaron estas mujeres, se encuentran entre los elementos que, al menos para las que formaban parte de las clases populares, permitieron la visualización, la experimentación al fin y al cabo, de la contradicción que suponía un protagonismo social y político cada vez más activo frente al papel dependiente que seguían obligadas a mantener en el espacio familiar y doméstico, también en el militante más allá de los espacios no mixtos que pudieron generar. De hecho, fue a partir de estos espacios —en un sentido amplio, desde las redes femeninas informales a las organizaciones formales, clandestinas o legales ambas— desde los que, en parte, muchas de estas mujeres, particularmente las mujeres jóvenes alejadas del trauma de la guerra, (re)construyeron su identidad de género, haciendo público, a partir de la lucha urbana, aquello de lo personal es político. Así, se estaba abriendo la espita a la redefinición de las relaciones de género y las identidades femeninas de las mujeres de las clases populares, proceso que se alimentaría del diálogo establecido con el movimiento feminista y que sería especialmente intenso a partir de la configuración de las vocalías de mujeres de las asociaciones vecinales en torno a mediados de los setenta. Así, si bien la implicación femenina en aquellas reivindicaciones y luchas *para las que estaban llamadas* continuó intensamente, en esos años de aceleración del cambio político también desde los barrios se adoptaron discursos netamente feministas, siendo estas mujeres obreras y de barrio las que aportarían elementos cruciales a la agenda política feminista.

Fuentes

AHA: Archivo Histórico de Asturias

AHGCB: Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona

AHPCE: Archivo Histórico del Partido Comunista de España

CEFID: Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica de la Universitat Autònoma de Barcelona

SFO: Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense de Madrid

Bibliografía

- ABAD, Irene, «Movimiento democrático de mujeres. Un vehículo para la búsqueda de una nueva ciudadanía femenina en la transición española», en *Actes del Congrés La transició de la dictadura franquista a la democràcia. Barcelona, 20, 21 i 22 d'octubre de 2005*. Barcelona, UAB-CEFID, 2005, p. 245-253.
- ABAD, Irene, «Las mujeres de los presos políticos en Aragón. La invisibilidad de una categoría heredada de la guerra civil española y prolongada durante todo el franquismo», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 116, 2006, p. 30-41.
- ABAD, Irene, «El papel de las “mujeres de preso” en la campaña pro-amnistía», *Entelequia. Revista interdisciplinar*, 7, septiembre de 2008, p. 139-151.
- ARRIERO RANZ, Francisco, «El movimiento democrático de mujeres: de la lucha antifranquista a la conciencia feminista (1964-1975)», en *Actes del Congrés La transició de la dictadura franquista a la democràcia*. Barcelona, 20, 21 i 22 d'octubre de 2005. Barcelona, CEFID-UAB, 2005, p. 253-263.
- ARRIERO RANZ, Francisco, «El Movimiento Democrático de Mujeres: del antifranquismo a la movilización vecinal y feminista», *Historia, Trabajo y Sociedad*, 2, 2011, p. 33-62.
- BABIANO, José (ed.), *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.
- BALFOUR, Sebastian, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el Área Metropolitana de Barcelona, 1939-1988*. València, Alfons el Magnànim, 1994.
- BORDETAS JIMÉNEZ, Ivan, «El movimiento vecinal en el tránsito de la resistencia a la construcción de alternativas», *Historia del Presente*, 16, 2010, p. 43-61.
- BORDETAS JIMÉNEZ, Ivan, «Nosotros somos los que hemos construido esta ciudad. Autoorganización y movilización vecinal durante el tardofranquismo y el proceso de cambio político». Tesis de Doctorado, Cerdanyola del Vallès, Universitat Autònoma de Barcelona, 2012.
- CABRERO, Claudia, «Género, antifranquismo y ciudadanía. Mujeres y movimiento vecinal en la Asturias del desarrollismo y el tardofranquismo», *Historia del Presente*, 16, 2010, p. 9-26.
- DÍAZ, Pilar, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo: los barrios y las fábricas», *Gerónimo de Uztariz*, 21, 2005, p. 39-54.
- DOMÈNECH, Xavier, «Orígenes. En la protohistoria del movimiento vecinal bajo el franquismo», *Historia del Presente*, 16, 2010, 27-41.
- FEBO, Giuliana di, *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*. Barcelona, Icaria, 1979.

- FEBO, Giuliana di, «La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo. Un ejemplo de utilización de la «Historia de género», en TUSELL, Javier, ALTED, Alicia y MATEOS, Abdón (coords.), *La Oposición al régimen de Franco: estado de la cuestión y metodología de la investigación*, Tomo II, Madrid, UNED, 1990, p. 251-260.
- FEBO, Giuliana di, «Resistencias femeninas al franquismo. Para un estado de la cuestión», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28, 2006, p. 153-168.
- Fernández Lamelas, Eva, *Vocalies de Dones de Barcelona a la Transició Democràtica: una experiència emancipadora*. Tesina de doctorado. Cerdanyola del Vallès, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009.
- GRUPO DE INVESTIGACIÓN PARTE HARTUZ, *Deusto y Rekalde. Historia e identidad contada por sus protagonistas*. Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008.
- HERNÁNDEZ RAMÍREZ, Javier, *El Cerro del Águila e Hytasa. Culturas del Trabajo, Sociabilidad e Imágenes de Identificación*. Sevilla, Diputación de Sevilla, 1999.
- IRIBARREN, Sara, *La liberación de la mujer*. París, Ebro, 1973.
- KAPLAN, Temma, «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta», en AGUADO, Ana (ed.), *Mujeres, regulación de conflictos y cultura de la paz*. València, Universitat de València, 1999, p. 89-107.
- LARUMBE, M.^a Ángeles; *Las que dijeron que no. Palabra y acción del feminismo en la Transición*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- MARTÍNEZ, Ricard, *El moviment veïnal a l'àrea metropolitana de Barcelona durant el tardofranquisme i la transició: el cas de Sabadell (1966-1976)*. Tesina de Doctorado, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 1999.
- MOLINERO, Carme, «Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un “mundo pequeño”», *Historia Social*, 30, 1998, p. 97-117.
- NASH, Mary, *Dones en transició. De la resistència política a la legitimitat feminista: les dones en la Barcelona de la Transició*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2007.
- ORTIZ HERAS, Manuel, «Mujer y dictadura franquista», *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 28, 2006.
- OLIVES, José, «La conflictualidad urbana», *Papers. Revista de Sociologia*, 3, 1974, p. 275-323.
- RADCLIFF, Pamela, «La construcción de la ciudadanía democrática: las Asociaciones de Vecinos en Madrid en el último franquismo» en *Actes del Congrés La transició de la dictadura franquista a la democràcia. Barcelona, 20, 21 i 22 d'octubre de 2005*. Barcelona, CEFID-UAB, 2005, p. 96-102.
- RADCLIFF, Pamela, «Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos y la identidad de género en los años setenta», en PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, p. 54-78.

RADCLIFF, Pamela, *Making democratic citizens in Spain. Civil society and the popular origins of the transition, 1960-78*. Basingstoke, Hampshire; New York, Palgrave Macmillan, 2011.

VERDUGO MARTÍ, Vicenta, «Organizaciones de mujeres en Valencia durante la transición. Prácticas y formas de acción», en ORTIZ, José María, UGARTE, Javier y RIVERA, Antonio (coords.), *Movimientos sociales en la España contemporánea*. Madrid, Abada, 2008, p. 346-347.

Datos del autor

Ivan Bordetas-Jiménez (ivan.bordetas@gmail.com). Doctor en Historia por la Universitat Autònoma de Barcelona desde 2012 con la tesis «*Nosotros somos los que construimos esta ciudad*». *Autoorganización y movilización vecinal durante el tardofranquismo y el proceso de cambio político*. De 2009 hasta la actualidad ha centrado sus investigaciones en los movimientos sociales urbanos y las migraciones interiores durante el franquismo y la transición. En 2014 organizó y coordinó, junto a Juan Carlos Colomer, Zuriñe Sáiz y Javier Contreras el taller «Poder(es) y contrapoder(es) en el ámbito local durante el tardofranquismo y el proceso de cambio político» del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea «Pensar con la historia desde el siglo XXI» (Madrid, 17-19 de septiembre de 2014).

